

LA CENTRALITA MANUAL

por

Vicente Muñoz Puelles

Me llamo Ericsson Pupitre y soy una centralita de teléfonos manual.

El nombre de Ericsson se lo debo a Lars Marcus Ericsson, un hombre de mirada azul y bigotes de morsa, que me fabricó hace más de un siglo.

Y el apellido de Pupitre es porque, en vez de colgar de la pared, como otras centralitas, tengo las cuatro patas bien apoyadas en el suelo, como un pupitre o una mesa.

Algunos hablan de mí como «una Ericsson, modelo *pupitre*», pero yo prefiero que me llamen Ericsson Pupitre a secas.

Todo empezó en el norte de Europa, en Estocolmo, capital de Suecia.

Al principio, cuando me fabricaron, no tenía conciencia de todas mis partes. Oía hablar de magnetos, de conectores y de clavijas, pero no sabía qué significaban esas palabras.

Si queréis que os diga la verdad, ni siquiera estoy segura de saberlo ahora. Pero al menos me he acostumbrado a ellas, y ya no me parecen tan raras.

Tampoco tenía conciencia de ser una centralita de teléfonos, porque acababa de nacer, como quien dice, y nadie me había usado aún.

Simplemente, dejaba que me llevaran de un lugar a otro, que me acostaran o me pusieran de pie y que me añadieran las distintas piezas: el micrófono, la batería, los contrapesos de los cordones.

De vez en cuando, un hombre alto de barba poblada, terminada en dos puntas, se acercaba para dar instrucciones. Parecía muy serio, y los demás lo trataban con respeto.

Era Lars Marcus Ericsson, inventor y propietario de la fábrica que llevaba su nombre.

Un día, me quitaron el polvo, me acicalaron y hasta llegaron a sacarme brillo con una gamuza.

Lars Marcus Ericsson se me acercó con mayor interés que otras veces.

Dio unas vueltas alrededor de mí. Acarició mis partes de madera, tiró de mis cordones, descolgó el mango del teléfono y observó cada detalle, complacido.

–Como mueble es precioso –dijo–. Ahora solo falta que funcione.

Se sentó delante de mí y esperó.

–¡Riing, riing! –se oyó de pronto, y al mismo tiempo noté un fuerte cosquilleo.

Era un ruido que nunca había escuchado antes.

Tardé en darme cuenta de que el ruido había salido de mí misma, y de que el cosquilleo lo había producido un timbre de metal plateado que hay en la parte superior de mi equipo.

Ese timbre suena siempre que me llega una llamada, y es la señal para que la operadora, es decir la persona que cuida de mí, me conecte.

Pero, claro, aquella era la primera vez que eso ocurría, y me costaba reaccionar.

Lars Marcus Ericsson sonrió, y los bigotes de morsa se le estiraron.

Otros mecanismos se activaron sin que yo interviniera.

Es como cuando vosotros veis un helado, y enseguida se os hace la boca agua.

En el cuadro de avisos hubo un movimiento. Una chapa circular cayó, mostrando el número de teléfono de la persona que llamaba.

Lars Marcus Ericsson tomó un cordón, que llevaba una clavija en cada extremo, y lo introdujo en el conector correspondiente a ese número.

Luego pulsó un interruptor.

–Soy Lars Marcus Ericsson –dijo–. ¿Con qué número desea que le ponga?

Tenía el micrófono pegado a la barba y hablaba muy despacio, para ser entendido.

Escuchó la respuesta e introdujo el otro extremo del cordón en el número pedido.

–No se retire.

–¡Riing, riing! –volví a oír, pero esta vez el timbre no sonaba dentro de mí, sino a lo lejos.

El destinatario de la llamada descolgó y se puso a hablar.

Lars Marcus Ericsson escuchó durante un par de minutos, para asegurarse de que todo iba bien.

También yo, si me esforzaba, podía entender la conversación. Era como un murmullo distante.

Desde entonces he oído miles de conversaciones, pero todavía recuerdo aquella. Eran dos hombres, seguramente amigos, que hablaban sobre el tiempo que iba a hacer el fin de semana.

Uno decía que iba a lucir el sol, y proponía una excursión para ir juntos a pescar en un lago.

El otro, en cambio, estaba seguro de que llovería.

–Se pesca más cuando empieza a llover –afirmó el primero–. A los peces les encanta el agua de la lluvia, y enseguida salen a la superficie.

–Lo único que pescaremos es un resfriado –contestó el segundo–. A mí solo me gusta pescar con sol.

Lars Marcus Ericsson volvió a colocar la chapa circular en el cuadro de avisos, y se levantó sin dejar de mirarme.

–Esto merece una celebración –dijo.

Pidió unas copas y abrieron una botella de vino espumoso.

–¡Por el prototipo! –brindaron, y chocaron las copas.

Por lo visto, yo era el prototipo, es decir la primera central Ericsson del modelo *pupitre*, y estaban muy orgullosos de mi aspecto y de mi funcionamiento.

–Sin vuestro trabajo –dijo Lars Marcus Ericsson, alzando una copa–, no se habría conseguido.

–¡Tampoco sin ti, Ericsson, viejo amigo! –dijo un hombre de ojos saltones–. Ahora, gracias a tu invento, todos los abonados podrán hablar entre sí.

Se llama abonados, como quizá sepáis, a quienes contratan los servicios de una compañía telefónica.

Y es que, aunque ahora os cueste creerlo, al principio cada uno solo podía hablar con el abonado que estaba conectado con él directamente mediante un cable, y no con cualquier otro.

Las centrales telefónicas, como yo, cambiamos eso.

–Te lo agradezco, Andersson –dijo Ericsson–, pero yo no daría tanta importancia a ese invento mío. El teléfono es un experimento, un juguete para distraer a unos pocos, que no tienen nada mejor que hacer. Ahora está de moda, pero quién sabe cuánto durará.

Todavía hoy, no pasa un solo día sin que me acuerde de aquella frase: «Ahora está de moda, pero quién sabe cuánto durará».

Sin duda Lars Marcus Ericsson era un hombre muy listo, pero ¿cómo pudo equivocarse tanto?

Hoy en día el teléfono sigue siendo uno de los medios de comunicación más usados, aunque los aparatos han cambiado mucho.

Puede utilizarse para hablar de cosas sin importancia, como organizar una partida de pesca o una acampada. Pero también sirve para avisar de un peligro grave, como una inundación o un incendio, y para salvar vidas.

Poco después de construirme, en la fábrica de Ericsson empezaron a fabricar más centrales manuales de tipo pupitre. Yo había sido la primera, pero no tardé en convertirme en una más.

Arrinconada en un cuarto, esperaba volver a recibir alguna llamada. Pero mi timbre no volvería a sonar durante un tiempo.

Un día me cubrieron con cartones y me introdujeron en una caja.

Sentí que me bajaban por unas escaleras y me subían a un vehículo, que se puso en movimiento.

El traqueteo hizo que me quedara dormida.

Desperté al oír una voz desconocida:

–¡A la izquierda! –decía–. ¡No, más a la derecha! ¡Tengan cuidado!

Me encontraba en un barco mercante, pero entonces no podía saberlo, y me estaban bajando a la bodega, con el resto del cargamento.

Me acomodaron entre otros bártulos. La oscuridad se hizo completa y el barco empezó a moverse muy despacio.

No sé cuánto tiempo pasó, pero debieron ser varios días.

Volví a ver algo de luz cuando me levantaron por los aires y me depositaron en tierra.

Estaba en el muelle de un puerto, en compañía de otras cajas como la mía. Al parecer, la fábrica de Ericsson había recibido un pedido de varias

centrales telefónicas para España, y hasta entonces habíamos viajado juntas sin saberlo.

Una o dos cajas se quedaron allí, y a las demás nos subieron a un tren, rumbo a Madrid.

¡Madrid! Ni siquiera sabía lo que era. No entendía una sola palabra, porque la única lengua que conocía era el sueco, que es muy distinto del español.

En sueco, por ejemplo, «¿Qué número desea?» se dice: «*Vilket nummer du vill?*»

En Madrid, la red telefónica crecía muy despacio. Cuando yo llegué, en 1884, había solo tres centrales para menos de quinientos abonados. Son datos, naturalmente, que no sabía entonces, y que con el tiempo han ido llegando a mis oídos.

Me instalaron en un hotel de la Puerta del Sol, el Hotel Ideal, donde pronto me convertí en una atracción.

Tenía yo, y aún tengo, cinco líneas exteriores y veinticinco interiores, que me permitían mantener varias conversaciones al mismo tiempo. Y no solo los huéspedes me utilizaban desde sus habitaciones, sino que había dos cabinas cerradas desde las que la gente de la calle, que no tenía teléfono en sus casas, podía hacer sus llamadas a través de mí.

Era un hotel muy frecuentado. Además, en la planta baja tenía un café, lugar de reunión de gente bohemia y artistas.

Yo disfrutaba de una posición privilegiada porque, desde donde yo estaba, junto al mostrador de recepción, podía ver y escuchar, no solo a los viajeros que llegaban o se iban, sino también a los clientes del café.

Había, por ejemplo, un grupo de inventores, todos desconocidos, que se reunían entre tazas, copas y cucharillas, para comentar sus inventos.

Uno de ellos había ideado una máquina de hacer sobres. Otro, un aparato de música al que llamaba la *violonola*, que podía funcionar sin detenerse, aprovechando el movimiento perpetuo. Un tercero, en fin, pretendía regenerar el yeso y la cal de los derribos, para volver a usarlo.

Según decían, ninguno había llegado a construir nada, por falta de medios.

Al principio encargaron mi manejo a unos niños, que vivían en el hotel y también servían de botones. Pero los niños se distraían, equivocaban los números de las habitaciones o se dormían con la cabeza apoyada en mi mesa.

Probaron luego con hombres de edad mediana. Pero estos, cuando no había suficientes llamadas, se aburrían y acababan en el café.

Por fin, se les ocurrió la idea de contratar a mujeres. Fue un acierto, porque eran más constantes, no se equivocaban con las clavijas y trataban a los clientes con amabilidad y dulzura.

A lo largo de los años, todas acabaron casándose y me dejaron.

Pero tengo un recuerdo imborrable de Rosita, la última de ellas.

Era una joven de pelo castaño, ojos grises y rasgos muy menudos, que se peinaba con una raya en medio y siempre lucía una sonrisa.

Pronto se convirtió en la favorita de todos.

Había un pintor, por ejemplo, que se pasaba el día entero pidiendo conferencias desde las cabinas, para poder admirarla de cerca.

Estaba también un escritor, con pajarita de lunares y un rizo en la frente.

—Cada vez que venga —le dijo un día a Rosita—, he de regalarle una greguería relacionada con los teléfonos.

—¿Y qué es eso de la greguería, don Ramón?

—Un género que yo he inventado.

—A ver, dígame una.

—Son muy cortas. Déjeme pensar. Ya está: «Hablar por teléfono es como hacer señales de humo a través de un cable».

—Y otra.

—«Cuando un huésped se va de un hotel, el teléfono de su habitación les cuenta a los demás teléfonos todo lo que ha hecho.»

—¿Tiene más?

—Pues claro. «El secreto del cable telefónico es que en su interior vive una paloma mensajera diminuta, que nunca se pierde.»

Otro admirador de Rosita era un tal Ataulfo de la Lanza, que se presentaba a sí mismo como explorador y buscador de tesoros.

Contaba que había traído de América del Sur el tesoro de Atahualpa, el último emperador inca del Perú, pero que se lo habían robado durante el viaje de regreso.

Decía también que quería casarse con ella, pero antes tenía que encontrar un tesoro que se escondía en los subterráneos de Madrid.

Y le enseñaba un plano de la ciudad del siglo XVIII, como si fuese una prueba.

Un día, el tal Ataulfo dejó de visitar el hotel. Había desaparecido, y nadie supo ni cómo ni dónde.

Rosita lo echó de menos y lloró por él durante unos días.

Pero a quien quería de veras era a un pobre músico, que tocaba el piano en el café, y a quien de vez en cuando tenía que pedirle que se interrumpiera, porque estorbaba las comunicaciones telefónicas.

Para ayudarle, siempre que podía le daba un par de monedas.

No sé cómo acabaría la historia del músico, porque de pronto me cambiaron por una central telefónica automática, que permitía una mayor rapidez en las conexiones.

Recuerdo, eso sí, que antes de que se me llevaran, Rosita me dio un beso y me abrazó, como si quisiera consolarme.

Me dejaron entonces en un oscuro almacén, donde empezó una época para mí bastante triste. Y es que, del mismo modo que nos sentimos revivir cuando oímos una llamada, las centrales telefónicas perdemos la confianza en nosotras mismas cuando se nos olvida.

–¡Riing, riing! –suena el timbre de pronto.

¿Por qué nadie contesta?

Ya me acuerdo. Estoy en una sala de un museo, el Museo de las Telecomunicaciones, donde me trasladaron hace unos años.

Alguien me hace sonar para atraer la atención de los visitantes, que van llegando y se colocan ante mí.

Un joven en mangas de camisa, con chaleco de cuadros, mira a los visitantes y pide a unos niños, que están con sus padres, que se coloquen delante del grupo.

–Muy bien, ahí estáis bien –dice. La voz le cambia un poco y es como si recitara–. Aquí tenemos una centralita telefónica –explica–. Es una centralita porque sirve para hacer varias llamadas y recibirlas al mismo tiempo. Y además es manual, porque para funcionar necesita que alguien la maneje.

–¡Parece la máquina de coser de mi abuela, la Singer! –exclama una visitante–. Tiene las mismas patas.

El joven la mira, divertido.

–No es la primera vez que oigo ese comentario –dice–. De hecho, a este modelo se le conocía popularmente como Singer o *Costurera*. Pero en realidad es una Ericsson de 1884.

El grupo se aleja. Todos salvo un niño que, arrodillado ante mí, juega con mis contrapesos. Los empuja con un dedo y hace que se balanceen.

Se oye una voz masculina:

–Ricardo, no te quedes atrás. ¡Ven aquí!

El niño se incorpora y se va.

Una anciana de rostro muy arrugado se me acerca y me mira a través de unas gafas. Pero, pese a los muchos cambios, esos rasgos menudos son inconfundibles.

–¡Es ella, es Rosita!

¿Qué años puede tener ahora? Más de cien, sin duda.

Es casi imposible. Un máquina bien cuidada puede durar siempre, pero una persona...

¿Cómo podría decirle que la reconozco?

Mientras la anciana me inspecciona con detenimiento, pisa un papel en el suelo y lo recoge.

Es un plano de Madrid del siglo XVIII. Antes de desaparecer, Ataulfo de la Lanza debió atarlo a uno de mis contrapesos, para que Rosita conservase un recuerdo.

La anciana levanta la cabeza. Me doy cuenta de que piensa en Ataulfo y en el pianista, en Gómez de la Serna y en todas las llamadas que habían pasado por sus manos y sus oídos, cuando trabajaba en el Hotel Ideal.

Sonríe, me besa y me abraza, como la primera vez que se despidió de mí.

–¡Adiós, Ericsson Pupitre! –me dice.

Vuelve a doblar el plano, lo introduce en su bolso y se aleja.

Vicente Muñoz Puelles